

## Pilara

Los días especiales le eran aquellos en los que estrenaba ropa. Avelino Mendes, a quien podían haberlo condenado a dos, tres o cuatro cadenas perpetuas de haberse sabido de todos sus actos, era de lo poco que guardaba de cuando fue un niño y anduvo en España. A veces le era difícil saber quién era; y si era bueno o si era malo. Las mujeres con mirada falsamente indiferente le pudieron en su adolescencia crecida los pocos días en los que pudo ir limpio; y a ellas dedicó parte de sus trabajos. De cuando vendía puerta a puerta, lo que fuera. En los ratos libres que le dejaba la fábrica de muebles en la que se hizo un hombre. Porque fue en México donde se hizo un hombre. Y desde antes de los catorce años, la edad legal para trabajar por entonces, también hubo de regentar una especie de barbería las veces que su tío se tumbaba de cansancio a causa del exceso de horas de trabajo, del bajo salario y de las propias condiciones de vida.

Al colegio fue bien poco. Empezó recogiendo arena del río para venderla a empresas de construcción. Con ello abonaron, o eso le dijeron, parte del préstamo con el que pudo embarcarse desde su Galicia natal a América. Su tío Fernán jamás le dio demasiadas explicaciones, más bien ninguna, pero sí un plato de comida al día hasta que pereció. A su muerte, el local de la barbería, o lo que fuera, pasó a otra familia. Fue entonces cuando se quedó de por sí sin techo y sin habichuelas y aprendió a no esperar nada de nadie. Ni un doloroso gesto de asentimiento. América no solo le fue un mercado de trabajo. Fue, además, una reserva de esperanza no habiendo marcha atrás, funcionándole a él y a otras muchas gentes como tierra de promisión en el subconsciente colectivo del país. Como gallego, en América nunca sería considerado

americano, y en España, donde su Galicia, tampoco sería considerado como un gallego de pura cepa. Para los de Avión, su pueblo natal, conseguir cierto bienestar económico siempre fue el anhelo más grande. Y lo de haber casi que perdido el acento y la identidad, que no el apellido, una manera de afrontar la situación y de orientar las velas y seguir adelante. Primo de los Vázquez Raña, hubo de enviar noticias en su correspondencia de emigrante no siempre de lo más verdaderas, exagerando las oportunidades y callando las vejaciones, los sacrificios y las penalidades en las que ofició. Él, y otros tantos. Muchos. Habiendo partido la mayoría pobres y analfabetos desde aquella Galicia atrasada y ruinoso, arcaica en sus explotaciones agropecuarias, que persistió de más en lo primitivo del aislamiento dándose de bruces con la incapacidad del campo gallego, además de dejarse vencer y convencer por el establecimiento de las cadenas migratorias, imitando a los afortunados o simulando haberla tenido (la fortuna), y cuidándose en el paisanaje o parentesco como forma de perpetuarse allende los mares.

Dicho lo cual, el noventa por ciento de los que nacían pobres, morían pobres, por más inteligentes y trabajadores que fueran; y el noventa por ciento de los que nacían ricos morían ricos, por idiotas o sinvergüenzas que lo fueran.

Avelino partió desde el puerto de La Coruña con la idea de trabajar en la industria manufacturera y mercantil de México, y no de barrendero, limpiabotas, recadero o peón de lo que fuera necesario para poder comer y llegar al día siguiente con vida y no muy magullado y sucio o maloliente. A veces incluso al margen de la legalidad, como casi todo en aquellos años donde se precisaba mano de obra barata para los procesos de crecimiento económico en los países americanos. Lo de ir a parar a México fue por su tío, y casi que también sucedió

por algo medio casual. Otros muchos acabaron en Brasil, Argentina, Ecuador, Perú, Cuba. Su propio padre estuvo acudiendo a recoger caña de azúcar a la isla casi que toda una década, con el mes de travesía por doquier. Es más, Aveliño de inicio iba a ir a Cuba, a una de las más grandes plantaciones que se conocían, pero no solo él, sino que también otros tantos orensanos y pontevedreses (algunos por decisión del rostro desdeñoso de sus anárquicas madres), si bien, para amortizar la deuda contraída con el contratista del barco no tuvieron suficiente dinero y comida la familia como para hacerle pasar por alguien más mayor, siendo todo un niño y estando prohibido, cuando menos restringido el viaje. Pero una vez en el puerto (y con muda limpia) su padre se subsidió a otro contratista y lo incluyó en un grupo donde hubo menos trabas para con las mujeres y los niños, sin tiempo ni medios como para desplazarse al puerto de Vigo o al de Villagarcía-Carril. La administración española también se llevó su parte mostrando muy poca eficiencia en materia protectora hacia el emigrante, y el padre pagó lo suficiente para que su hijo partiese (sin haber llegado a cumplir los diez ni estando al cargo de una mujer casada que lo cuidase). Otros que pudieron, sí marcharon, todos o prácticamente todos como familia unida hacia cualquier país de Jauja, americano. La clandestinidad fue constante en décadas, y de muy difícil estimación. Embarcaban desde Portugal, Gibraltar o Francia si no podían desde tierra española, ya fuera con papeles falsos o como simples polizones, pero siempre pagando de más el billete y los muchos días de traslado, víctimas propiciatorias de por sí para sus lugares de destino. A su hermana jamás la pudieron embarcar hasta pasados muchos años. Fue Avelino quien la reclamó desde México, como pariente. Por entonces las mujeres ya se habían incorporado definitivamente al éxodo y se solventaban las

estructuras sexistas de mejor modo. Luisito bien que pudo ser parte del billete. Un bebé que pasó a crecer directamente en un medio urbano. Y que por suerte no siempre hubo de darse a las tareas más pesadas y ser explotado, aunque su tío Avelino, su patrón, siempre le repitiera que había que ganarse el jornal cada día.

*-Tes que gañar o salario, tos os días. Luisito, si ou si.*

Como tío, y jefe, la movilidad laboral se la inculcó desde bien chico. Un crío que no hubo de engañar a nadie enviando a España fotos con porte de triunfador exagerando las virtudes del país que lo acogía. Es más, cada verano regresaba a su pueblecito natal, Avión, y participaba junto a otros muchos gallegos emigrados en la gran fiesta, dejando atrás los numerosos vericuetos y oficios, tales como: dependiente de café, carbonero, barnizador, albañil, limpia platos, afilador, criado, estibador y comercial. Sobre todo, esto último, lo de comerciar; los gallegos emigrados hubieron siempre de vender de todo (galletas, hielo, carbón, pan, etc.), así como hacerse con los oficios más esclavos y financiarse entre ellos mismos para ir levantando cabeza en ese colonialismo de excepción. Había de hacer de todo Luisito, e hicieron de todo por él, sobre todo quien mejor y más sabía de la integración en inserción social en México, que también en Miami: Don Avelino Mendes. Alguien que podía hacerse pasar por un tipo educado en carísimos centros públicos y privados, y con estudios universitarios, solo que él no distorsionaba su origen humilde y su indisimulado desprecio por quienes aborrecían a los extranjeros, enfrentándose a las oligarquías locales si fuera el caso y a las capas medias de la sociedad.

Tan pronto se reservaba un *jet* privado, de los suyos, como que probaba los de la competencia y así aprendía algo nuevo que mejorar o copiar en su

*holding* empresarial. Y eso que todavía algunos le caricaturizaban en ese continente, tratándole como ignorante, usurero y tosco. Un tipo que apenas pudo asearse trimestralmente de la cara a los pies hasta que tuvo el pelo crecido en sus partes, y siempre con agua escasa, tibia del tiempo y alcoholada cuando pudo. Conculcar su deficiente cualificación profesional con despertar las mayores envidias y reticencias era parte de lo que se trabajaba en el Centro Gallego de México D.F. Una fundación donde se impartían clases diurnas y nocturnas sobre distintas materias para quien se comprometiera a ser respetuoso y firmar las clases, sin que por ello le supusiera un perjuicio laboral. Toda una asociación civil, cultural, social y deportiva, con sus presidentes eméritos, madrinas, el orfeón y hasta donde poder obtener la tarjeta sanitaria.

El señor Mendes no tenía la mentalidad del retornado, más allá de personarse en la gran fiesta de Avión en cada agosto y frecuentar otro tipo de rechazo e indiferencia. Quería quedarse en tierras americanas para siempre, de tantos años que llevaba. Lo sentía o lo empezaba a pensar de veras. Era donde menos vergüenza pasaba, pues en su aldea gallega (donde la renta per cápita media apenas superaba los ocho mil euros anuales), los que le respetaron de siempre ya eran difuntos, y a los que veía de año en año (cierto es que en los últimos tiempos había aumentado la frecuencia de sus visitas) los sentía como un fardo inútil, todavía con el azadón echado entre el hombro y la cabeza, sin apenas salud, sin fe, sin plata y trascendiendo malamente por entre los hórreos, cruzándose con Lamborghinis y catálogos de coches de lujo en ese pequeño concello y sus postales de yerma estampa invernal cercenada de jóvenes que ya crecieron hacia el umbral de los setenta. Eso sí, los edificios de ese pueblo y otros tantos vecinos llegaban a expresar otras muchas vivencias. Y los vehículos;

de alta gama en su mayoría. Que representaban la presencia de influencias exteriores, de gallegos en suma redimiendo su ayer, que no invirtiendo en industrias o mejorando de otro modo la estructura de ese país que no supo ni pudo contenerlos... pero regresando cada año empujados por la morriña.

Apenas una tienda de ultramarinos, una especie de zapatería o un minúsculo negocio de no se sabe qué, así como una pensión en la subida de uno de los bares. Todo ello era la inversión segura y la modernidad de Avión. Sin obviar la querencia de los sabores aztecas, habiéndose montado algún que otro teleclub con comida típica mexicana en las inmediaciones (con lista de espera de meses) cerrando el círculo de la emigración; ni tampoco las sucursales bancarias. La verdadera fortuna en esos concellos desiguales, no obstante, estaba enterrada o tras las cámaras de vigilancia de las casas de lujo hechas a base de remesas de dinero procedentes del otro lado del charco. En el año dos mil cuatro el veintitrés por ciento de las matriculaciones turísticas de lujo de España tuvieron lugar en Avión (un pueblo con el sesenta por ciento de la población jubilada, y el restante dedicado al campo y al pequeño comercio; pero con seis sucursales bancarias para menos de mil novecientos habitantes). También había embarcaciones propias de esos ricos hacendados en el Atlántico, y donaciones para servicios vecinales, o escuelas de primaria financiadas en muchas de esas parroquias que los vieron de niño. Ornamentos, bien pocos por parte de esos indianos. Habiendo gente que tenía guita, que estaban un poco hartos de todo y que valoraban menos el pueblo y su emigración (solo hasta el quite de su puerta). Muchos los veían, aún, como elementos caciquiles y hasta clericales, como si quisieran venderles un pregón poco creíble. Ahora bien, esos gallegos no hicieron la revolución en su día, cogieron lo poco que tenían, o les

hicieron la maleta, mejor dicho, y marcharon sin remisión alguna. A veces incluso dos veces, porque no siempre se llegaba a la primera, o porque lo recaudado no fuera suficiente como para vivir ellos y otros tantos. Que la idea de América, a un lado y al otro, siempre sostuvo miseria, atrasos e interpretaciones varias.

Luisito sabía que a su tío Avelino le encantaba, y casi que necesitaba ir a la sala de espera del hospital y ver las reacciones de las familias cuando se les informaba del feliz nacimiento del esperado bebé, reaccionando comedidamente por no parecerse a una hermana o madre más de la parturienta. Cuando iba, veía, o esperaba, dos nacimientos como poco. Encantándole, y no asustándose con las incredulidades u otros menesteres. Por suerte, ya casi siempre eran victorias, aunque tiempo atrás de defunciones también supo. Muertes de seres demasiado pequeños, y demasiado inocentes. Llevaba la cuenta en su cuadernito, donde el lápiz decía que vencía por una diferencia de ochocientos trece a favor de la vida. El día que enterraron lo poco que quedaba de su tío Fernán empezó tal memoria. Justo la primera vez que rechazó acudir a una cena. Difícil rechazar una invitación para cenar sin descortesía, pero Avelino Mendes sabía tratar con las personas y con las empresas, así como que con los Estados y algunos de sus líderes encubiertos. Extrañas proles de criaturas terrestres, todas. Y no era un gran bebedor; bebía lo que le dieran. E innegable el hecho de que alguna vez se hubiera drogado. Con las sustancias alucinógenas aprendió a esbozar una sonrisa de suficiencia que también podía llegar a ser mordaz e irritable, aunque nunca fingió un dolor barato.

Otrora época le rajaron la tripa y se le desparramaron los intestinos, quedándosele un rostro pétreo, como de mármol al curarse y tener esa segunda o tercera, cuarta, oportunidad. Hasta ese accidente hubo años en los que comió

más de lo humanamente posible, y eso que se podía esconder tras una farola. Comer de todo, y todo, por no saber cuándo volvería a probar bocado. Comer carne ya le fue un alarde. Tiempos en los que al limpiarse se restregaba la piel hasta casi que dejársela en carne viva, enjuagándose la boca con detergente. Fue en el mismo hospital donde dejó de leer las noticias en los periódicos para ser feliz, abandonando, o intentándolo, todo lo errático en la vida de ese nuevo rico dejando a un lado lo irrefrenable, abriéndose de otro modo al espejismo del amor, encontrando algo de claridad en una enfermera que quería ser madre, sumergiéndose en esa nueva cotidianeidad, con sesiones de natación terapéutica y gustos gastronómicos varios. Solo que la vieja casa aislada se la quedó ella al tiempo, y los esnobistas círculos sociales llegados de Londres u otros derroteros también le enclaustraron o expusieron en demasía, no siendo él mismo.

Al apellidado Mendes la más que avanzada vejez le llegaba con achaques de estabilidad; la clave estaba en no mentir, en no fallar y en no ocultar nada. Él y su piel de camaleón seguían siendo extranjeros en cualquier parte, y carne de cañón. Otra mujercita llegó a desordenarle su mundo con su sonrisa... de algún jueves mejor ni hablar, creyéndolo más guapo que el pecado hasta que lo trató como a un pomposo capullo. Él se percató y no le siguió el juego a la damisela. Avelino, que desde bien pronto tuvo la edad suficiente como para recordar los tiempos en los que la gente cumplía su palabra, le mostró su escopeta de segunda mano (una, que, a sus setenta años, seguía tan precisa como el día que la fabricaron) y ni a gritos se pudieron tapar algunos silencios entre él y la dama que dijo quererlo tanto. Desde entonces volvió a ser aquel chico callado, al que le daba vergüenza hablar. Solitario, silencioso y soñador, porque jamás



olvidaba que siempre habría alguien o algo esperándole, algo más fuerte, más inteligente, más amable, más duradero; algo más grande y mejor. Las historias de amor, porque se acabasen, no dejaban de serlo. “Ella jamás se adaptaría al frío” pensó de la última. Y ya no le sabría a pecado, de perdonarla. Ahora bien, tenía un dolor punzante a un lado de su cabeza con el que los doctores no daban, y que algunos se atrevían a decirle que era porque echaba de menos compartir su vida con una mujer, incluso cuando era feliz. Otros, porque añoraba España, su tierra, su gente. Su pueblo. Su casa.

A sus años se calzaba siempre los zapatos con calcetines, fueran o no mocasines. No ponérselos le parecía algo ridículo. De niño ya sufrió lo truculento de no tener ni para unas alpargatas en condiciones, fruto de aquella España invertebrada, siendo poco menos que material de uso urgente o flores fuera de estación como otros muchos emigrados forzosamente. En cualquier caso, a Avelino la soledad del cansancio no le importunaba tanto como a otros de su misma condición. Él no perdió nunca a un hijo, siéndole cualquier otra guerra un sinsentido. No tenía hijos reconocidos como tal, sí a Luisito como mejor sobrino (medio bizco por una herida). Un medio hijo que era demasiado inteligente como para seguir insistiendo cuando su tío le ordenaba algo. Otro más que sabía que el amor y la morriña venía ser una suma mal resuelta, sobre todo lo primero. El amor. El amor que no se elegía, te elegía. Ese que te hacía dar un beso como si ese beso fuese a parar el tiempo. Esa unión de dos extraños (tío y sobrino) aprendieron a soportarse cada día por necesidad, tal que hicieran algo por última vez, dándose el uno al otro. Tío y sobrino se contaban las cosas, y las raras mezclas culinarias que hacían. Si uno decía haber probado sandía con cacahuetes, el otro decía que había mojado unas patatas fritas en champán, o

combinado melón con calamar y galletas con chorizo. Probar alimentos y mezclarlos siempre les unió, hubiera o no soledad veraniega y se les turbaba la presencia por lo que fuera. Por supuesto que también, a la postre, avivaban su ambición y hablaban sin pretenderlo de inicio sobre negocios varios. En un lenguaje muy sencillo y sin jergas. No podían evitar ese objeto de deseo. Como emigrantes eran inadaptados e intrusos, personas con su vida subastada de por vida, en absoluto dados a monólogos vaginales o a otras tantas inspiraciones si no veían un trasfondo efectista sabiendo lo que era el hambre. Irse de putas como tal no les gustaba, hacían que ellas les frecuentasen, salvaguardando lo bello y lo sucio de ese trato del mejor modo, y sus actitudes, risas y silencios. Ese atlas de la geografía humana que se podían permitir, por ricos, les acarreaba aires difíciles y les dejaba el corazón helado, entretejidos a las mezclas de alimentos a altas horas y a los bocadillos, cual mejor delirio moderno y emancipador. No obstante, el amor no prescribía. Era su otro secreto para esos que podían llegar a pasar por seres impersonales si lo pretendían, o algo peor, por seres trastornados, obsesos del control y psicópatas sexuales. Mayoritariamente el viejo carcamal, quien contaba a los amigos por dos veces. En las buenas para saber cuántos eran, y en las malas para ver los que le quedaban. Gustoso de agarrar a las mujeres por los tobillos cuando las tenía para sí.

De los emigrantes que habían hecho fortuna en México los había bondadosos, ingenuos, otros que no eran muy buenas personas, los que estaban por los simbolismos y poco más, y muchos blancos retrógrados y salvajes; sujetos sádicos que daban el paso de la fantasía a la realidad. Todos ellos compartían que la noche en la que se amaba de veras no amanecía jamás, se

volviese o no a fumar. Y estuvieran donde estuvieran siempre habían de tener un pie en tierras mexicanas, sabedores del dicho: “De España, ni buen viento ni buen casamiento”. Desde el Centro Gallego en México D.F. Avelino Mendes los coordinaba, como presidente honorífico.

-Lo único que importa son las opciones que uno se da a sí mismo – pronunció en el discurso de bienvenida de ese año, agradecido por el honor, para después añadir. - Yo quería una misión, y por mis pecados me dieron una. Sepan ustedes que el noventa por ciento de las cosas que nos preocupan jamás suceden, pero tienen un impacto directo en nuestra salud -atreviéndose con los negocios-, la política de reducción de impuestos selectiva es una buena política, pero complementada con ayudas a los sectores más desfavorecidos -y con las mujeres y su devenir-. Hay que impedir que ser madre requiera de un esfuerzo heroico. No se puede dar lo que no se tiene.

Le encantaba ver cómo los demonios y los asesinos bebían agua de sus manos, o lo pareciera, pues no se ganaba dinero con las venganzas, y sí con la economía de los días (como nunca y donde siempre).

No solo coordinaba, sino que dirigía todo el repertorio de papeles y otros menesteres, como las donaciones. La última, diez máquinas para tratar el cáncer que sufragó el Centro Gallego (equipos de protonterapia), los cuales tardarían de tres a cuatro años en usarse, según el Ministerio de Sanidad. Tiempo suficiente como para amortizar la inversión y regalo, porque ningún país acertaba con la elección del primer ministro, las cosas de la vida y todo eso. Los ricos, sí. Siempre. Pero de eso no hablaba en los discursos, sí de la otra condición humana.

-Yo no invierto en Bolsa. Invierto en empresas, personas, equipos, directivos, líderes. El aburrimiento es un motor creativo fundamental y lo estamos perdiendo en esta sociedad tan saturada de estímulos. Sabemos que las niñas y los clásicos siempre dicen la verdad. El sentido común de las mujeres es lo que debiera gobernarnos. Es justicia y no caridad lo que el mundo necesita.

Una persona que siempre que podía se sentaba para orinar, para cagar y para insultar con el valor del tiempo. Jamás insultaba si no estaba como que haciendo de vientre. Así guardaba todas sus amistades, escondiéndose y manteniendo a raya sus impulsos más viscerales, harto de haber meado y defecado de chico en cualquier parte, habiendo aprendido de toda aquella malparida niñez y rapsodia lenta el imaginario colectivo y el himno atroz y necesario del dinero. De amor, amor, poco, pues muchas de esas personas que compartían el feliz nacimiento del bebé terminaban por separarse, o peor aún, se engañaban o no eran capaces de ser felices estando juntos. “La verdad oculta del dinero consiste en adaptarse o refugiarse” aleccionó a Luisito una vez. “Lo otro es un lío embarazoso, no soy quien para aconsejar”, esbozó humilde. El crecido sobrino había experimentado en carne propia que vivir o intentarlo con una mujer exacerbaba todas las ansias e inseguridades, y que lo más importante no era estar siempre sonriente. También, que las personas que no tenían ninguna esperanza, a priori, eran más fáciles de dominar mientras fueran jóvenes. Como tal, y habiendo tenido sus más y sus menos Luisito, para conocer la naturaleza humana gustaba de irse al aeropuerto y observar la puerta de salida, no los embarques. Se pasaba horas atisbando y comprobando cómo la gente se abrazaba de veras, se ignoraba o se parapetaba en lo formal. Las llegadas decían mucho más que las idas. El síndrome de la impostura también

era cosa de hombres. La duda no era más que la verdad viéndose en un espejo. Cosa que tío y sobrino atestiguaban con creces.

Luis Reigosa Mendes (Luisito) no anotaba nada de eso. Le parecía impropio, toda una falta de respeto. Lo que sí hacía era tocar el claxon a veces, y así disimulaba en toda esa marabunta y galardón de infinitud, habiendo amores que duraban para siempre, aunque no se besasen... aunque apenas se tocasen... aunque ni se mirasen. Él iba con tiempo, y después de años sabía de algunas personas que se habían acostumbrado los unos a los otros, a la belleza de sus cicatrices; conocía del mismo modo a otras personas que habían optado por desaparecer, y a las que reflexionaban de mejor modo después de pagar con la tarjeta de crédito. Le era hermoso espiarlos y verlos abrazarse y besarse. Algo que practicaba por toda la geografía nacional, haciendo uso de los negocios por doquier que regentaba, no solo en la Ciudad de México: Puebla, Monterrey, Guadalajara, Tampico, Veracruz, Mérida, Cancún, Querétaro, Guanajuato y San Luis Potosí. Encarnaba el viejo mundo, y el nuevo mundo. Todo ello era la corrección incorregible, un realismo figurativo desbordante. Estar sin llaves y a oscuras, así como tener la vida a sus pies, tal y como en verdad le era... Quizás el verdadero privilegio fuera ese sentir, desinteresado, ingenuo y auténtico donde poder vislumbrar los abrazos que aumentaban los años de vida, los reencuentros y las sentidas despedidas, como cuando la arena de la playa le quemaba los pies y le daba igual porque sabía que corría hacia el mar. Así lo vivía Luisito. Para quien estar delante no significaba llegar primero. Porque habría otros, muchos. México daba para eso y mucho más. El México que le había otorgado un valor monetario al tiempo, gracias al aporte de los emigrados (la gente que trabajaba, no la gente que escuchaba a los demás hablar de su trabajo), quienes

debieron saltarse algunas normas para solucionarse algunas vidas (porque así era como se empezaba una nueva vida, casi que con otro nombre y todo nuevo a su alrededor). Una nación que sexualmente enloquecía y sentimentalmente enamoraba. Que ni siquiera lamentaba quererse tanto. Prueba de ello esos altruismos eficaces del vivir éticamente, del frío de madre, porque en los aeropuertos y sus llegadas, o en las salas de espera de los nacimientos de los hospitales todos querían hacer lo correcto. También lo bueno. Incluso, eventualmente lo obligatorio, so pena de ser castigados. Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas. Esas personas habían experimentado la peor de las soledades, teniendo que calentarse un pie con el otro pie. Y tenían un acceso a la verdad que no era exactamente la verdad con la que mercadeaban diariamente, sino que les era otra forma de verdad, quizás superior, quizás más profunda. Periférica, marginal... como el corazón de un buen libro a partir de un mundo medio en ruinas.

Aeropuertos y hospitales donde también se vendía todo:

-Disculpe, sea lo que sea lo que venda, lo tengo repetido -decían algunos, hartos y educados, espiando esas otras vidas porque toda casa les era un lugar del que marcharse con tantos recuerdos con los que la habían llenado.

Gente común cuyos nombres no registra la historia. De cercanía y extrañeza. Frágiles en un mundo infinito datando el bien que no se notaba con la bondad de los desconocidos. Luisito y Aveliño ricos y con guardaespaldas, si bien, los pobres temían tanto a la autoridad como a los criminales, siendo un acto comúnmente sedentario eso del espiar las llegadas/salidas o los partos, en medio de un continente en el que no se tenía noticia, sino muerte o vida, volviéndoles a su condición de nómadas.

Y además estaban las hijas, que Don Avelino tenía una, aunque no la tuviera. El único modo de explicar que sobreviviese es que se olvidaran de ella. Pilara no era una mujer de esas que se comprara con flores. Sí de escarda y dudas, y de una mala suerte heredada, viviendo casi que desde siempre en una habitación del pánico sin dejar de ser una primera versión de sí misma, y para quien todo cuanto sucedía lo aprendía de las películas. Quizás, por eso mismo, el padre no sabía de todas las respuestas, y jamás rogaba, porque la felicidad no le era una sucesión ininterrumpida de sensaciones placenteras por viejo y rico que fuera o fuese. No obstante, al igual que a su hija, quejarse le podría resultar terapéutico, si bien, nunca lo hacía. Gracias a la propaganda del Centro Gallego y a sus negocios, en los últimos años se había situado en el panorama donde el dinero y la verdad emocional hablaban bien de uno mismo. Otro tipo de realismo, sucio, con el que inmediatamente entró a formar parte de las listas de los más ricos, codeándose con los archiconocidos Carlos Slim y otros mexicanos de apellidos y valor innegable para los medios, tales como los Germán Larrea Mota Velasco y su familia, Ricardo Salinas Pliego y su familia, Alejandro Baillères Gual y su familia, María Asunción Aramburuzabala y su familia, Juan Domingo Beckmann Legorreta y su familia, Antonio del Valle Ruiz y su familia, o Rufino Vigil González. Españoles y/o mexicanos que aspiraban al dominio mundial, como que, lo único que lo evitaba era lo disperso de sus dominios y que cuando España era importante, era también peligrosa. De Carlos Slim, al que popularmente se le conocía como el Ingeniero, se decía que era imposible vivir un solo día en México sin contribuir a su enriquecimiento. Listo, como para saber pasar por alto un insulto. Y en esa dimensión y tipo de vida quiso medirse Don Avelino, obrando en diversos conglomerados y en la industria de los días y los

trabajos. La identidad de su gestión, y la profundidad de su huella en España era otra cosa, porque más allá de Avión y de sus parroquias cercanas, de no pertenecer a las cuatro familias por antonomasia de la zona y de haber tenido problemas o ser inversor de postín, había que ir más allá de la capacidad de elipsis y sencillez enunciativa para conocer al viejo achacoso, quien no iba más allá del minimalismo justo y necesario y la parquedad de su tierra para triunfar. Orígenes, que ayudaban a controlar los sentimientos, fruto de ese desapego (casi que cínico, para los obligados a emigrar), compasión y distanciamiento, sin embellecer o adornar nada, simplemente abriendo los ojos y captando la realidad (a falta de mentir a quienes se esforzaron por darle una vida mejor).

El caso es que, si Don Avelino intentara contar sus peripecias, no hablaría jamás de alcoholismo, de centros de rehabilitación, de anuarios universitarios, ni de si odiaba a los niños o usaba de más a las furcias. Sí de que para entrar en España se necesitaba el permiso de los españoles, y más concretamente en Galicia. Y no describiría la realidad, sino que trataría de arreglarla, cogiendo el pasado emocional de alguien, habiendo historias demasiado reales como para contarlas.

-La única razón por la que he vivido tanto tiempo es porque fui soltando lastre del pasado -esbozó en una de sus intervenciones, extrañamente.

En su forma de mirar, sin que nunca se le escapara nada, estaba todo.

Su voz y su lenguaje cuidaban el uso del detalle y del humor a sus años. Se describía a través de sus palabras, cotidianas, astutas y mordaces, amén de sus ojos, que no los rizos que en años hubo en su pelo, de cuando poco soberbio mandaba y pagaba que le acariciasen la espalda, estremeciéndose inmanejable,



retumbando los camiones de basura en lugares inhóspitos y nauseabundos, sabedor que los olores feos también tenían su encanto.

Luisito sabía que si moría su patrón en no más de dos horas habría de deshacerse de buena parte de sus pertenencias, destemplado o no. El único diálogo, que a sus años le repitió de manera abrupta hasta que lo entendió y asumió directamente, viendo el mundo en un perpetuo movimiento y mosaico de citas. Luisito, que una vez apuñaló a un camello al que vio hundirse la hoja del cuchillo y sangrar, que no morir. Muy español, y arrogante, si habría de serlo. Y exasperante, que también:

-Lloverá cuando se me antoje -ordenaba-, y todas las veces que quiera.

Cosa que jamás hacía cuando los pasatiempos y enseñanzas de los aeropuertos, donde lo más grave era comer manzanas antes de volver al hogar, aprendiendo que se podía mentir y aun así decir la verdad una y mil veces. Sitios comunes, aeropuertos, hospitales u otros, donde el dolor de las separaciones venía a serles comparables con la alegría del reencuentro.

Tío y sobrino lo sopesaban todo, habiendo entablado un vínculo delicado y poderoso bajo la importancia de no contar más que lo necesario, y que todo siguiera funcionando: bello, o sucio. Recurrir a la minuciosidad del detalle lo hacían otras. Algunas de las que todos los domingos leían el horóscopo, o limpiaban su casa y planchaban, arraigadas a aquello del intentar cenar siempre a la misma hora. De las que se apoyaban en las repisas frías de las ventanas y observaban desde la sinceridad y la honestidad más aparente. No su hija Pilara, ellas: mujercitas que tenían un motivo por el que luchar. Las putas eran otra cosa, putas que tenían que beberse la orina de un hombre mayor, y a las que se les contaba que la historia antigua de los Estados Unidos se escribía en español.

Españolitos que a las siete y media de la mañana ya estaban fumando, para a las diez ponerse a beber cervezas en una cafetería si había quedada, los mismos que con fervor y devoción procesionaban y eran cofrades; o que pagaban para silenciar una relación extramatrimonial, los mismos que mataban cucarachas por acto de amor y se volvían a la cama como si nada.